

## CAPITULO VI.

### SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE PIO VI (15 de febrero de 1775-29 de agosto de 1799).
1. Ojeada sobre el pontificado de Pio VI. — 2. Eleccion de Pio VI; sus primeros actos. — 3. Los Jesuitas acogidos por Federico el Grande, rey de Prusia, y la emperatriz de Rusia, Catalina II. — 4. Primeros años del reinado de Luis XVI. — 5. El Josefismo en Alemania. — 6. Viaje de Pio VI á Viena. Sínodo de Pistoia. — 7. Rebelion de los Belgas contra José II. — 8. Ministros de Luis XVI. — 9. Apertura de los Estados generales. — 10. *Constitucion civil del clero*. — 11. Valerosa conducta de la mayoría del clero francés. — 12. Pio VI condena la constitucion civil del clero. — 13. Cautiverio de Luis XVI. — 14. Convencion nacional. Enjuiciamiento de Luis XVI. — 15. Muerte de Luis XVI. — 16. Discurso de Pio VI á los cardenales por la muerte de Luis XVI. Muerte de María Antonia. El Terror. — 17. El Directorio. El general Bonaparte. — 18. Primera campaña de Italia por Bonaparte. — 19. El Directorio quiere obligar á Pio VI á revocar la condenacion de la constitucion civil del clero. — 20. Pio VI es arrebatado de Roma por orden del Directorio. — 21. Muerte de Pio VI en Valencia.

### § I. PONTIFICADO DE PIO VI (15 de febrero de 1775-29 de agosto de 1799).

1. Llegamos en fin á la gran catástrofe social, preparada de largo tiempo, en Europa, por el rencor y furia del protestantismo, por el odio y virulencia del jansenismo, por la impiedad y licencia de la nueva filosofía, por la imprevision de los reyes, escándalos de las cortes, insubordinacion de los pueblos y el triunfo simultáneo de las malas doctrinas en todos los Estados de la Europa cristiana. Iba á estallar la época revolucionaria, é inundar al mundo la mas espantosa calamidad política y religiosa. Hasta este tiempo, muchas borrascas y huracanes habian amenazado al bajel de la Iglesia; pero, puede decirse que en los pasados peligros la violencia presentaba un carácter pasajero. Una vez apagadas las pasiones, el pontificado volvía á recobrar su imperio en las generaciones, que en el fondo habian permanecido fieles y sumisas: las anteriores herejías atacaban un dogma particular; los príncipes perseguidores

morian y dejaban el trono á sucesores menos hostiles. Pero en esta época, no fué un príncipe, no un heresiarca, no un perseguidor quien levantó tan horrenda tempestad: fué la negacion radical, universal, desapiadada, de todas las creencias, la destruccion de todas las instituciones, el derrocamiento de tronos y altares; la soberanía popular, inaugurada entre ruinas y rios de sangre, que renegaba de Dios, de Jesucristo, de su culto, de sus vicarios, de sus sacerdotes, y que, en nombre de la razon, imponía al mundo los desvarios del mas sangriento delirio. Si los enemigos de la Iglesia, si los grandes señores que se jactaban de despreocupados, si los poetas filósofos, los elegantes ateos del décimooctavo siglo no hubiesen sido las primeras víctimas de la revolucion, hubieran podido aplaudir su obra y gozar de su triunfo, porque este pareció completo. Habian proclamado á su filosofía como la reina del universo; y el pueblo, danzando sobre ruinas de la monarquía, levantaba altares á la Razon, para probar á su manera que era ya digno de sus maestros y que habia entendido sus lecciones. La Iglesia, empero, tiene promesas de inmortalidad mil veces mas estables que todas las potencias del averno. Se levantó, la primera, del fondo de este abismo, mas brillante, grande y heróica que antes. La revolucion no hizo sino añadir al Martirologio una lista de mas, y que contase el pontificado otro nuevo mártir.

2. El cardenal Juan Ángel Braschi fué elegido para suceder á Clemente XIV, y tomó el nombre de Pio VI. Al saber su eleccion, se postró con lágrimas en los ojos, oró algun tiempo con el mayor fervor, y dijo á los cardenales: «Padres venerables, es concluido el conclave; pero ¡cúan fatal resultado ha tenido para mí!» Con estas palabras, que encerraban tan tristes presentimientos, comenzaba Pio VI uno de los mas largos y mas desgraciados pontificados que nos ofrece la historia de la Iglesia. Uno de sus primeros actos fué abundante distribucion de limosnas; suprimió muchas pensiones que le parecieron inútiles, tomó cuenta del erario público, y trató de conferir las dignidades eclesiásticas y cargos del Estado á hom-



bres dignos. Se mostró siempre humano, accesible, trabajador, bienhechor : partía el tiempo entre sus deberes religiosos, el despacho de negocios, su museo y la biblioteca del Vaticano. Él fué quien tuvo la idea de establecer ese museo único en el mundo por las obras maestras y antigüedades que encierra. Los actos de Pio VI eran todos grandes, nobles, generosos. No haremos sino indicar los trabajos del puerto de Ancona; la restauracion del palacio Quirinal con su famoso obelisco; el desagüe de las lagunas Pontinas; el restablecimiento de la via Apia, del acueducto de Terracina; el establecimiento del canal de Soligna, etc., etc. Las grandes empresas de su administracion no impedían á Pio VI su solicitud por los pobres; fundaba y dotaba hospicios, erigia casas de refugio para las jóvenes indigentes : estableció en Roma el instituto de los Hermanos de las escuelas cristianas, á quienes encargó la enseñanza de los niños del pueblo; y Roma renaciente inscribía en la fachada de su morada este elogio sencillo y sublime : *Pio VI, padre de los pobres.*

3. Suprimidos por bula pontifical, confinados por los príncipes católicos, los Jesuitas habian hallado asilo donde menos podían presumirlo. Federico el Grande, rey protestante y filósofo, y Catalina I, emperatriz de Rusia, habian escrito al papa informándole que no conociendo mejores maestros para la juventud que los Jesuitas, querian guardarlos en sus Estados. Delicada era la situacion. Segun el breve de supresion, se prohibía á los Jesuitas continuar habitando colectivamente en sus casas, recibir novicios, y por consiguiente perpetuar su órden. El general Ricci habia jurado en manos del papa su renuncia á todo poder, á toda funcion de superior. Los demás Jesuitas, fieles como siempre al decreto de Roma, habian rehusado los brillantes ofrecimientos de Catalina y Federico, mientras no les autorizase el papa á aceptarlos. Por su lado Pio VI se hallaba suspendido entre el amor que profesaba abiertamente á los Jesuitas y el muy fundado temor de despertar con una manifestacion inoportuna las animosidades aun no bien amortiguadas, los odios de las potencias católicas. Presentó pues franca-

mente la dificultad á los gabinetes de Europa, sometiendo á su criterio las proposiciones que se le habian hecho por la emperatriz de Rusia y el rey de Prusia. Se le respondió que podía seguir en esta circunstancia las inspiraciones de su corazon, con tal que no diese á la expresion de su voluntad una publicidad sobrado clamorosa. En su consecuencia, Pio VI autorizó á los Jesuitas de Rusia y Prusia á abrir casas de educacion, instituir noviciados, y á hacer en fin en el norte de Europa los beneficios de que tan ciegamente se habian privado las naciones del mediodía.

4. En esta misma época del advenimiento de Pio VI, la Francia habia presenciado las fiestas y funciones dadas en París por el advenimiento de Luis XVI. Ningun soberano principió con mejores auspicios, ni subió al trono con mejores intenciones ni mas penetrado de la grandeza de sus deberes. Eran tan puras, sinceras y resplandecientes las virtudes del jóven monarca, que la escuela filosófica no pudo negarle sus elogios; pero como si la virtud misma hubiera de servir para perder mas prontamente á este desventurado príncipe, se dejó seducir por ideas de humanidad, de bien general, de filantropía, bajo cuya capa escondian los novadores modernos teorías subversivas y doctrinas revolucionarias. Sus ministros, Turgot, el conde de San German y Necker, eran de esos hombres sistemáticos que creen que la economía política puede reemplazar en una nacion á los principios religiosos. Es menester confesar sin embargo que se hicieron desde luego reformas muy felices en el gobierno; pero Luis XVI lo habia echado á perder todo inaugurando su poder volviendo á convocar el parlamento desterrado por Luis XV, despues del negocio del canciller Maupeou. Se ha dicho que los hombres, tomados individualmente, son rara vez agradecidos; reunidos en cuerpo, jamás lo son. El primer acto del parlamento despues de su vuelta fué oponerse al registro de los edictos de Luis XVI. De aquí nuevas intrigas, maquinaciones y hasta motines; porque el pueblo hacia el aprendizaje de tramoyas revolucionarias en Francia, en tanto que la jóven nobleza, embriagada por las lejanas ideas



de independencia, traídas por Franklin, iba á batirse en los campos de batalla de América por republicanos y para conquistar la órden de Cincinato. ¡Época de ceguedad, en que todos los papeles están invertidos, trocados, en que el desórden de las ideas no tiene por igual sino el necio entusiasmo en que las gentes noveleras se arrojan hácia lo desconocido! La guerra de la América tuvo para la Francia dos resultados deplorables para siempre jamás : produjo la catástrofe de la hacienda pública que sirvió de preludeo [y pretexto] á la revolucion, y engendró el espíritu de independencia que la consumó.

5. Menos cercana de una disolucion social, la Alemania bajo José II parecia precipitarse en el cisma. Lo que se ha llamado en Francia *galicanismo*, se llamó *josefismo* en Alemania : los errores mudan de nombre segun los países y los siglos, mas no cambian de carácter. El libro de Febronio fué el manual teológico de José II. Imbuido de esos principios, tan favorables por otra parte á la ambicion de los soberanos, se tomó por mision combatir los derechos de la Santa Sede, su poder, su jurisdiccion : quiso hacerse en algun modo el obispo universal, el concilio general de sus Estados. Sin consultar con el soberano pontífice, y con frecuencia oponiéndose á sus formales reclamaciones, cortaba con arbitrarias decisiones todas las cuestiones eclesiásticas, quitaba las rentas de los obispos, los excluía de los Estados de su provincia, ó abolia su sede episcopal. Un decreto imperial sujetaba á todas las bulas pontificias al *placet regio* : era llevar á la Alemania la invencion francesa de someter las bulas apostólicas al registro de los parlamentos. Otros decretos se dieron para prohibir enseñar en todo el imperio las doctrinas de la bula *Unigenitus*; y aun se declaró que se arrancase de todos los libros de teología el texto de esta bula, cuando se hallase en ellos. Se les prohibió á los obispos conferir órdenes sin previa anuencia del emperador; fué cerrada la mitad de los seminarios; de dos mil comunidades religiosas del imperio, José II solo dejó permanecer setecientas; fueron abolidas las cofradías y suprimidas ciertas procesiones. Hasta se llegó á fijar el número de sacer-

dotes de cada iglesia. Por todas estas y otras muchas indiscretas y aun pueriles innovaciones, llamaba Federico al emperador *mi hermano el sacristan*.

6. La corte de Roma habia solicitado vanamente de José II una conducta mas digna de un príncipe católico. Pio VI era pastor apostólico, y no podia faltar á su deber. Desde hacia mucho tiempo era inaudito en Roma el que ningun papa saliese de los Estados pontificios; sin embargo, Pio VI se resolvió súbitamente á ir á Viena, persuadido de que su presencia y palabras serian mas eficaces que las cartas en el ánimo del jóven César. La noticia de este viaje fué un acontecimiento notable para Europa; y el sacro colegio, espantado de las consecuencias de este paso tan atrevido, suplicaba á Pio VI no hiciese este viaje tan peligroso : « Vamos, dijo el papa, á donde nos » llama el deber, como iríamos al martirio por interés de la » religion : gozosos en defenderla, los sucesores de san Pedro » no han temido exponer su vida. No podemos abandonar la » Iglesia en medio de tempestades tan violentas. » El efecto de la presencia del papa en Viena fué prodigioso, y su viaje habia parecido un triunfo popular. El 22 de marzo de 1782 entró Pio VI en la capital de Austria rodeado de mas de cincuenta mil Vieneses. Era tanta la afluencia que acudió de todo el imperio, que se temió no faltasen subsistencias. José II se mostró menos bien dispuesto que su pueblo : fué cortés y recibió muy bien al papa, pero en nada cedió á sus pretensiones. Su primer ministro, el príncipe de Kaunitz, escandalizó al público por no guardar con el papa los simples miramientos de un cristiano. Pio VI salió de Viena, muy conmovido por la gran devocion del pueblo, pero desconsolado de la actitud que habia guardado siempre el emperador. Durante la estancia del papa en Viena, la policia habia dejado circular un folleto injurioso intitulado : *¿ Quid est papa?* por el protestante Eybel, en el cual negaba abiertamente la supremacia pontificia y calumniaba groseramente al pontificado supremo. Este incalificable ataque halló inmediatamente antagonistas aun en el seno mismo del protestantismo. El célebre historiador Juan Muller respon-



dió al folleto de Eybel con su excelente obra : *Viajes de los papas*, en que vindica victoriosamente á la Santa Sede contra los ultrajes de los protestantes. Mas tarde fué condenado el folleto de Eybel. — José II prosiguió su plan de innovaciones cismáticas. En agosto de 1786, el conciliábulo de Ems, reunido por su orden, redactó en veintitres artículos un decreto que consagraba las doctrinas erróneas del *josefismo*. Se decia en él desde luego, que Jesucristo ha dado á los Apóstoles y obispos, sus sucesores, un poder *ilimitado* de atar y desatar en todo caso y para toda persona, sin ser necesario el recurso á Roma. Se anulaban las exenciones de los religiosos, excepto las confirmadas por el emperador, otorgando á este una potestad que negaba al papa. Se declararon nulas las dispensas pedidas ante otro tribunal que el del propio obispo; que las bulas del papa no serian obligatorias sino cuando las aceptasen los obispos; que cesasen las nunciaturas. Se decidió la abolicion del juramento de los obispos al papa : y si el papa se negase á confirmar los obispos en virtud de estas nuevas condiciones, hallarian los obispos en la antigua disciplina medios de mantenerse en su cargo, bajo la proteccion del emperador. — El gran duque de Toscana, Leopoldo, hermano de José II, habia seguido á este en sus extravíos. Se habia entregado en manos de Ricci, obispo de Pistoia, prelado ambicioso y precipitado, enteramente pervertido por las ideas jansenistas, que publicaba pastorales donde llamaba *un santo y piadoso personaje* á Soanen, obispo depuesto de Senez; á Mesenguy, *lumbera de la Iglesia*; y *mártir* á un Quesnel! Habia mandado traducir en italiano las *Reflexiones morales* de este último, y dádolas en regalo á sus curas como un *libro de oro*. En 19 de setiembre de 1788, convocó Ricci un sínodo en Pistoia para promulgar mas solemnemente sus errores. Temiendo sin duda no hallar bastantes sacerdotes en su diócesis dispuestos á seguirle, hizo venir muchos doctores jansenistas de diversos parajes, especialmente de la Universidad de Pavía, donde Natalis, Tamburini y otros teólogos manifestaron semejantes sentimientos. Tamburini, aunque forastero, fué elegido promotor del sínodo

por el obispo. La asamblea duró diez dias; se compuso de doscientos treinta y cuatro sacerdotes, á quienes habia prometido Ricci que *el Espíritu Santo descenderia á ellos, y que sus palabras serian como oráculos del mismo Dios*. Se condenó en este sínodo *como impía* la doctrina de la bula *Unigenitus*. Se proclamaba, como tipo de la verdadera disciplina de la Iglesia, la constitucion de la provincia cismática de Utrecht. Se reprobaba la devocion al sagrado Corazon de Jesús, que con tanto anhelo trataron de propagar los antecesores de Pio VI; se menospreciaban sacrilegamente las sagradas imágenes; se vituperaba la multiplicidad de órdenes regulares que Ricci hubiera querido reducir á una sola. Se pedia la supresion de los votos perpetuos, y solo se admitia la regla de Puerto Real. Pio VI condenó este sínodo por la bula : *Auctorem fidei*.

7. Las revoluciones se encargaron de enseñar á José II y á sus imitadores lo que les cuestan á los príncipes que se separan violentamente de la Santa Sede y que usurpan su jurisdiccion. Los Estados belgas se negaron á someterse á las cismáticas exigencias de José II; fueron arrojados de sus cátedras por los estudiantes y por el pueblo los profesores que quiso sustituir en lugar de los antiguos en Lovaina y Luxemburgo; los Estados de Brabante y del Hainault rehusaron los subsidios acostumbrados. José II creyó detener el mal con medidas severas : abolió todos los privilegios del Brabante : aumentáronse los disturbios, el emperador suprimió los seminarios diocesanos, que reemplazó por un seminario general, á donde habian de enviar sus seminaristas los obispos de ambas provincias. Ningun obispo se sometió, y el cardenal de Malinas publicó una pastoral donde declaraba que la doctrina de los profesores joesefistas era contraria á la católica. El cardenal fué preso de orden del emperador, así como el obispo de Amberes. Pero la insurreccion estalló por todas partes : toda la Bélgica se levantó en masa, y comenzó la guerra. José II, que no se hallaba preparado para esto, ofreció amnistía, que fué despreciada, y los imperiales se vieron obligados á evacuar los Países Bajos. El emperador, cuyas violencias é injusticias habian cau-



sado esto, suplicó al papa lo remediase. En 23 de enero de 1790, el misericordioso Pio VI escribió en estos términos á los obispos de Bélgica; pero era sobrado tarde. La insurreccion belga habia echado profundas raíces; y por otra parte la revolucion francesa era ya tan formidable, que pudo sumirlas á todas. José II murió el 20 de febrero de 1790: los acontecimientos le hubieran enseñado mas moderacion y prudencia si hubiera sobrevivido: su ministro Kaunitz, sobrado tarde convertido á mejores y mas sanos principios, le repetia frecuentemente: *Señor, la revolucion francesa durará mucho tiempo; quizás para siempre.*

8. Esta gran borrasca que han llamado *revolucion francesa* habia sido conjurada vanamente por todos los esfuerzos, sacrificios y tentativas de Luis XVI. Para resolver la crisis de la hacienda pública que servia á aquella de pretexto, el infortunado monarca llamó sucesivamente á su consejo á los señores Calonne, Brienne, Necker, etc. Calonne, hombre superficial y sin experiencia en los negocios, no halló otro medio para saldar las deudas del reino que haciéndole contraer otras. Por lo demás, se ha exagerado sobremanera el número fijo de la deuda pública en 1789, que fué como una sima donde se sumió la monarquía: solo se elevaba á la suma total de ciento y diez millones. La mas insignificante potencia de la Europa actual tiene por lo menos cuatro veces mas de deuda nacional; pero aun no se habia descubierto el sistema de hacienda en que reposa hoy dia el crédito público. El cardenal-arzobispo de Tolosa, Lomenie de Brienne, sucedió á Calonne. Prelado ambicioso, y no mirando en su inesperado llamamiento sino el brillo nuevo de su nombre, solo soñaba en ser un nuevo Mazarino. Como ideas serias y prácticas, solo presentaba al rey sistemas incompletos de economía política. Sin embargo el cardenal tuvo, en nuestro entender, un mérito que se ha olvidado muy pronto: ofreció á Luis XVI desembarazarse de un parlamento rebelde, y reemplazar esta institucion por un *Consejo plenario*, cuyos miembros escogidos por el gobierno fuesen inamovibles. Pero el buen rey Luis XVI solo tomaba medidas á medias, y

le aterró el plan de Brienne: cayó pues el ministerio, y tal vez con él la última esperanza de salvacion. Necker dió el último golpe á la monarquía, ya sobrado vacilante, sugiriendo á Luis XVI la funesta idea de reunir los Estados generales para someterles el triste estado de la hacienda, y fiarse en su sabiduría para tomar las medidas necesarias para terminar aquella crisis.

9. Abrióronse estos en Versalles el 5 de mayo de 1789: en aquel dia se asentó la revolucion en el solio de los reyes. Apenas pasó un mes, los Estados generales, mudando de nombre, de objeto, de mandato y mision, se declararon llamarse *Asamblea nacional*, é hicieron juramento de no separarse hasta no haber dado una constitucion á la Francia, y respondiendo por voz de Mirabeau al real ministro que les intimaba se disolviese: « Decid á vuestro amo que estamos aquí por voluntad » del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza armada. » El *pueblo* era ya la única, la grande, la absoluta potencia. Sesenta mil esbirros, despues de haber esparcido el terror y latrocinio en todo París, fueron el 14 de julio de 1789 á la Bastilla. Se escudriñaron todos los calabozos, que se decia estar atestados de víctimas de la tiranía, y se hallaron por junto *dos arrestados!* Uno de los héroes de la expedicion americana, hombre cobarde, cuyo mérito consistia en una popularidad de café y sin el menor título, Lafayette, organiza una milicia nacional, insulto permanente para el ejército, institucion ridícula, ruinosa para el Estado y para los particulares, y se hace dar el título de comandante general de los guardias nacionales del reino. El 4 de agosto, la Asamblea nacional declara abolidos los títulos de nobleza á peticion y con loco aplauso de los mismos grandes señores: sin discusion, sin deliberacion, se declara abolida en tres horas la obra de diez siglos. No relataremos las horribles escenas del 5 de octubre de 1789 y otras jornadas de tan funesta memoria, que ensangrentaron entonces nuestros anales. Preso en sus propios Estados, insultado hasta en sus mas caras y legítimas afecciones, temblando por los dias de la augusta princesa con quien habia partido su suerte, y cuyo amor pagaron los Franceses